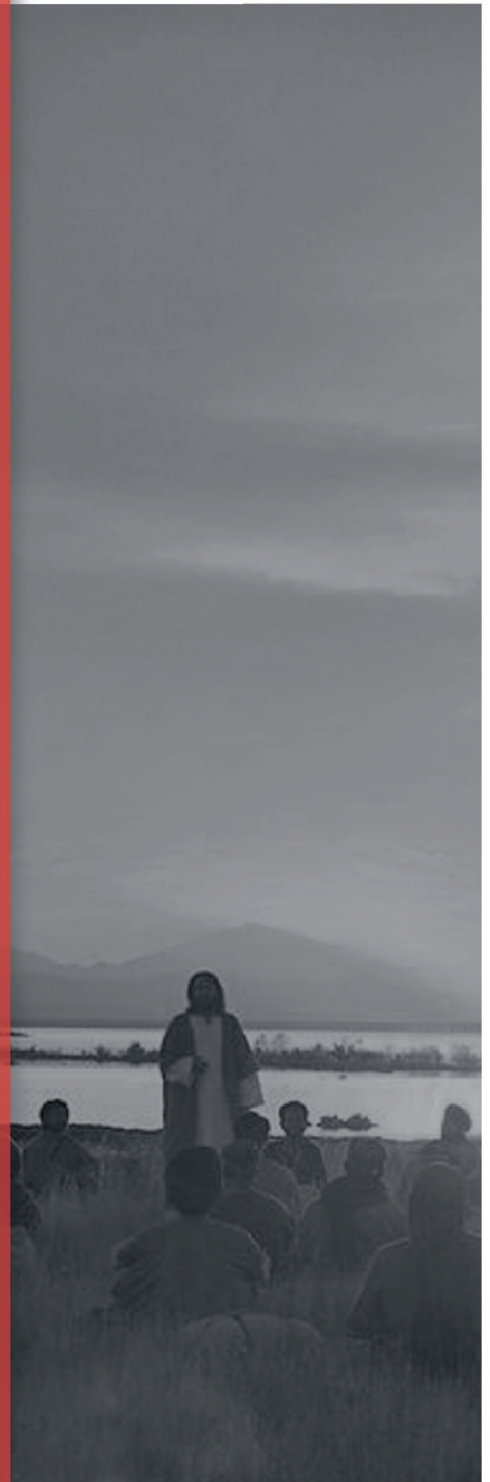


LUCAS 18:15-17

**EL VALOR
DE UN NIÑO**
delante de Dios

Las lecciones del Maestro
Lección 9



**EXPONENDO LAS ESCRITURAS
ILUSTRANDO CON LA VIDA**

Introducción

No hace mucho tiempo, alguien en nuestra iglesia me regaló un pequeño libro de tapa dura titulado Cartas de niños para Dios.

Es página tras página de niños, entre 6 y 8 años, escribiendo simplemente sus preguntas o comentarios al Señor con transparencia, franqueza y, muchas veces, con humor.

Como Alison, quien escribió:

“Querido Dios, estoy leyendo la Biblia y quiero saber: ¿qué significa ‘engendró’? Nadie quiere decirme. Con amor,
Alison.”

Nancy escribe con bastante honestidad:

“Querido Dios, apuesto que te es muy difícil amar a todas las personas del mundo; en mi familia solo somos 4 y yo no puedo hacerlo.”

Me gusta la franqueza del pequeño Bruce, quien escribió:

“Querido Dios, por favor
mándame un pony. Nunca te
he pedido nada antes y puedes
revisarlo.” Revisa tus registros,
Señor.

Joyce estaba un poco confundida porque, al parecer, algo
salió mal con su petición de oración. Ella escribe:

“Querido Dios, gracias por
mi hermanito, pero yo había
pedido un perrito.”

¿Qué pasa por la mente de un niño de 6 años? ¿Qué tan
profundos pueden ser sus pensamientos? Probablemente
más de lo que uno imagina. El pequeño Elliott escribe:

“Querido Dios, a veces pienso
en ti, incluso cuando no estoy
orando.”¹

Aun cuando no estoy orando, hay momentos, Señor, en los
que estoy pensando en ti.

¿Esperaríamos que Dios esté tan interesado en los
pensamientos de un niño de 6 años como en los de un adulto
de 26 o 56?

¹ Children's Letters to God, Compiled by Stuart Hample and Eric Marshall (Workman Publishing, 1991)

Una cultura que *no valora a los niños*

Bueno, si le hubieras hecho esa pregunta a un rabino promedio durante el ministerio de Jesús, la respuesta habría sido: “¡No! A Dios no le interesa tanto lo que piensan los niños.”

El Talmud —el comentario central sobre la vida familiar y comunitaria judía, una colección de enseñanzas recopiladas antes del nacimiento de Cristo— enseñaba que pasar tiempo con niños era, básicamente, una pérdida de tiempo.

La percepción predominante en el primer siglo era que Dios tenía cosas más importantes que hacer que preocuparse por los niños. Los niños no ocupaban un lugar alto, por así decirlo, en la escala de interés público.

Y ese no era solo un problema dentro del judaísmo; también era la opinión general en el mundo griego y romano. Los niños no importaban. Eran prescindibles. Ser niño, en muchos sentidos, era ser una especie en peligro.

Y aunque estamos enfocados en el contexto del primer siglo, fácilmente podría argumentar que, aún hoy, un niño sigue siendo una especie en peligro.

Antes de su nacimiento, un niño tiene hoy menos protección legal que un huevo de águila. Una especie en peligro —sea una rana, un caracol o un ave— cuenta con más protección legal que un niño en el vientre.

Adultos decididos a sexualizar a los niños lo antes posible ahora exigen que ellos mismos elijan su género. Se promueven tratamientos hormonales y procedimientos quirúrgicos en jóvenes preadolescentes. En un momento en que necesitan apoyo en su identidad, ánimo y amor, se les introduce en la confusión de un mundo adulto inmoral que niega a Dios. Un mundo donde los niños tienen que tomar decisiones enormes, cuando todavía están tratando de decidir qué zapatillas les gustan más.



En lugar de proteger su inocencia, el mundo adulto los prepara, los presiona y los empuja hacia la promiscuidad. No se les advierte de los efectos emocionales y mentales —sin mencionar los físicos— que esto conlleva. Cada día, en Estados Unidos, 82 adolescentes contraen una enfermedad de transmisión sexual que afectará el resto de sus vidas.

Así que podría dedicar mucho tiempo a hablar de los niños como una “especie en peligro” en el siglo XXI.

Pero si regresamos al primer siglo, la realidad es que sí: todos esos problemas sexuales eran igual de comunes, peligrosos... y hasta aceptados legalmente.

Y un problema grande, asociado a esa cultura, era simplemente este: los niños no vivían mucho tiempo. De hecho, la gente en general no vivía mucho, especialmente las mujeres.

En el primer siglo, una joven se casaba poco después de la pubertad y se esperaba que tuviera varios hijos. Mientras que la esperanza de vida de los hombres rondaba los 40 años, los peligros del parto reducían la de la mujer a un promedio de 30 años.²

En los días de Cristo, el 20% de las mujeres moría durante el parto. Un autor griego escribió que prefería ir a la guerra tres veces antes que dar a luz una sola vez.³

Era más seguro ir a la guerra.

Y ten en cuenta también que solo el 40% de la población en ese tiempo llegaba a los 20 años.⁴

Cuando piensas que Jesús murió a los 33 años —aunque Él entregó su vida voluntariamente—, recuerda que, en su época, muchos habrían considerado que vivió una vida completa.

Pero para los niños, las probabilidades de sobrevivir eran mucho peores.

Los historiadores estiman que, en el Imperio romano, un tercio de todos los bebés moría durante su primer año de vida; y solo la mitad de los niños llegaba a cumplir cinco años.

Podrías pensar que esto ocurría solo entre los pobres, pero ni los ricos ni los mejor atendidos estaban exentos.

La hija del César, Julia, murió en el parto. Quintiliano, un reconocido autor y educador romano, enterró a su esposa poco después de que cumpliera 18 años, junto con dos de sus hijos que no llegaron a los cinco años. Plutarco, el filósofo griego, escribió una carta a su esposa —que aún se conserva— consolándola tras la muerte de su hija de dos años, intentando tranquilizarla con la idea de la reencarnación. Ellos ya habían enterrado a dos hijos.

En aquellos días, un filósofo escribió: “Cuando beses a tu hijo al acostarlo, recuérdale que podría no estar contigo por la mañana.”⁵

2 Edwin M. Yamauchi & Marvin R. Wilson, *Dictionary of Daily Life in Biblical & Post-Biblical Antiquity* (Hendrickson Publishers, 2017), p. 280

3 *Ibid.*, p. 284

4 *Ibid.*, p. 285

5 Adapted from Yamauchi, p. 285

Imagina un mundo donde la mitad de los niños moría antes de cumplir cinco años. Y eso no era todo. La lista de peligros no termina allí.

El infanticidio era legal y común. Un autor escribió que los métodos anticonceptivos eran ineficaces y el aborto peligroso, así que el infanticidio y el abandono eran los principales medios para deshacerse de los niños no deseados. Y, presta atención, no existían leyes que prohibieran estas prácticas.⁶

Sócrates, Platón y Aristóteles enseñaban que una familia no debía criar a un niño si nacía con algún defecto —deformidad, discapacidad o señales de debilidad.

Y otra vez, si la mitad de los bebés iba a morir de todos modos, ¿para qué invertir tiempo en criar a uno que, aparentemente, tenía problemas?

Un diccionario sobre la vida cotidiana en la antigüedad, publicado hace pocos años, explica que la partera tenía el primer rol decisivo. Colocaba al recién nacido sobre la cama o en el suelo, lo examinaba y tomaba una decisión —y cito— para determinar si valía la pena criar al bebé.⁷

Después de su evaluación, los padres aún podían decidir si se quedaban con el niño o lo abandonaban.

La práctica común era colocar al recién nacido en una canasta y dejarlo en un lugar apar-

tado, donde los animales lo devorarían, o en un sitio público donde alguna pareja sin hijos pudiera recogerlo. En ciudades grandes, había personas al acecho que recogían a estos niños para criarlos y luego venderlos como esclavos o explotarlos en la prostitución.⁸

Un niño era, verdaderamente, una especie en peligro.

Pero déjame decirte algo: el evangelio cambia esa realidad. Y hasta el día de hoy, donde el evangelio de Cristo se predica y se cree, el valor de los niños se eleva. La bendición de los niños y su protección aumentan.

Desde el segundo siglo, encontramos evidencia de que la iglesia comenzó a recoger a niños abandonados, rescatarlos y criarlos dentro de familias creyentes, tratándolos como propios. A estos niños se les llamó ‘alumnos’, un término que la iglesia acuñó para describir a estos niños formados y cuidados por personas que no eran sus padres biológicos.⁹

Así, la iglesia primitiva comenzó a vivir de manera distinta a su cultura. Sus líderes impulsaron los primeros orfanatos, los primeros sistemas de atención médica pública y los primeros esfuerzos educativos accesibles para la comunidad.”

Será la iglesia la que demuestre lo que realmente significa cuidar el bienestar físico, emocional, intelectual y espiritual de los niños.

6 Ibid, p. 865

7 Ibid, p. 286

8 Ibid, p. 868

9 Adapted from Yamauchi, p. 873

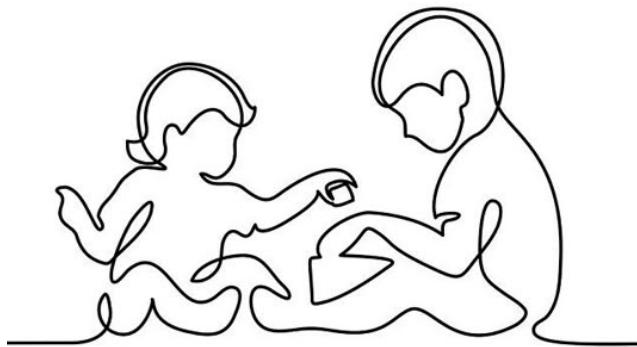
“Jesús ama a los niños” no era solo una canción... era un valor central en la iglesia primitiva.

¿Y dónde comenzó todo eso? ¿Quién marcó el ejemplo y corrigió la manera de pensar de su cultura? Jesús.

Delante de miles de personas —principalmente judíos, pero también gentiles— Jesús hizo algo completamente distinto a lo que su cultura esperaba, especialmente de alguien que afirmaba ser Rey... porque los reyes no solían preocuparse por personas consideradas insignificantes.

Mira lo que ocurrió. Este evento aparece registrado en el evangelio de Lucas, capítulo 18, versículo 15:

“Traían a él los niños para que los tocara; lo cual viendo los discípulos, les reprendieron.”



Detengámonos por un momento. El evangelio de Mateo añade que esto ocurrió mientras Jesús estaba rodeado por una multitud. Y en Lucas se usa una expresión que indica que no eran unos pocos... eran literalmente miles de personas alrededor del Señor.

En ese día en particular, los padres comenzaron a traer a sus hijos. No sabemos quién inició esta “procesión de niños”. Lucas usa la palabra griega *brepfos*, que se refiere a bebés o recién nacidos; pero unos versículos más adelante, en el versículo 16, usa otra palabra: *paidia*, que se traduce como “niños” y normalmente describe a niños más grandes, incluso de edad escolar. El evangelio de Marcos también usa esta misma palabra.

Así que, juntando todos los relatos, lo que tienes aquí es una fila larguísima de padres —desde recién nacidos hasta preadolescentes— avanzando hacia Jesús.

Y el texto da a entender que no dejaban de venir. Lucas usa un tiempo verbal que indica acción continua: seguían trayendo a sus bebés... uno tras otro.¹⁰

Los discípulos probablemente pensaban: “Esto no se va a acabar nunca.”

Pero esto no era una fila para pedirle un autógrafo al Señor. No era simplemente: “No sería lindo si Jesús saluda a mi hijo” o “si le da una palmadita en la cabeza”.

No. Aquí hay urgencia. Muchos de estos ni-

10 R.C.H. Lenski, The Interpretation of St. Luke's Gospel (Augsburg Publishing, 1946), p. 906

ños no llegarían a cumplir cinco años.¹¹

Esta es una fila de padres sosteniendo en sus brazos a bebés que probablemente morirían en el transcurso de ese mismo año.¹²

Esta es una escena de desesperación.

En esa cultura, era costumbre que un anciano o un rabino pusiera su mano sobre un niño y pronunciara una bendición.¹³

La mayoría de los padres no se molestaba en hacerlo. Pero Jesús no era un rabino cualquiera. Ellos sabían que había resucitado a una niña. Sabían que había detenido un funeral y devuelto la vida a un joven.

Evidentemente Jesús se preocupa por los niños... Tengo que llevarle a mi hijo para que lo bendiga.

8

Jesús redefine *el valor de los niños*

Ahora, la segunda parte del versículo 15 nos dice que los discípulos reprendían a estos padres.

¹¹ Adapted from Dale Ralph Davis, *Luke: The Year of the Lord's Favor* (Christian Focus, 2021), p. 91

¹² David E. Garland, *Exegetical Commentary on the New Testament: Luke* (Zondervan, 2011), p. 728

¹³ Charles R. Swindoll, *Insights on Luke* (Zondervan, 2012), p. 424

“...pero Jesús, llamándolos, dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impedáis; porque de los tales es el reino de Dios.”

El evangelio de Mateo nos dice que Jesús puso sus manos sobre ellos, uno por uno. Y Marcos añade que los tomaba en sus brazos y los bendecía.¹⁴

Para nosotros, esto parece algo natural. Pero para ese entonces, era completamente inusual.

Debido a la alta tasa de mortalidad infantil, muchos padres evitaban involucrarse emocionalmente con sus hijos. Levantaban una especie de barrera en su corazón. No invertían demasiado tiempo ni mostraban mucho afecto... porque sabían que eso haría la pérdida aún más dolorosa.¹⁵

Pero Jesús no piensa así. Él los toma en sus brazos, habla con ellos, les dedica tiempo e interés. Está disfrutando ese momento con los niños.

Y miles de personas lo están observando. Están viendo esta demostración sorprendente de afecto por parte del líder espiritual más grande que habían conocido. Y hasta ese momento, sus rabinos les habían enseñado que pasar tiempo con niños era una pérdida de tiempo.

Pero Jesús acaba de detener todo. Es como si dijera: “Ahora es tiempo para los niños.” Y

¹⁴ Adapted from Lenski, p. 907

¹⁵ Adapted from Yamauchi, p. 280

no fue un momento breve... probablemente ocupó una buena parte del día.

Esto no fue un accidente. El Señor está enseñándonos algo. Está dándonos un ejemplo de la manera en que debemos relacionarnos con los niños – un ejemplo que transforma vidas, que sorprende a nuestra cultura y que demuestra el evangelio.

Jesús reprende a sus discípulos por estorbar a los niños... y luego dice en el versículo 17:

“De cierto os digo, que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él.”

Su cultura —e incluso sus propios discípulos— veían a los niños como una interrupción. Jesús los ve como una ilustración.

Así es como se entra al reino de Dios. No volviéndose infantil... sino siendo como un niño: en total y absoluta dependencia.

- Te llevan de un lugar a otro;
- Te visten y alimentan;
- Te enseñan todo, desde cómo caminar hasta cómo hablar;
- Y no tienes nada que ofrecer a cambio.

Un niño no puede presumir de sus logros espirituales. No puede decir cuántas veces ayudó... o cuánto dio... o cuántas buenas obras hizo. Como un pequeño mendigo, no aporta nada... y lo recibe todo como un regalo.

Como dice el himno:

“Nada traigo en mi mano; a tu cruz me aferro yo.”

Hay una dependencia total de Cristo.

El Señor está sembrando aquí una verdad que, con el tiempo, dará fruto en culturas alrededor del mundo... a medida que las personas comiencen a imitar lo que Jesús realmente piensa acerca de los niños.

9

Advertencias *para nosotros*

Este evento tan impactante nos deja varias advertencias... y también varios recordatorios.

Primero:

No subestimes el valor personal de un niño

Jesús ama a los niños. Obsérvalo aquí.

Has pensado que, cuando Jesús tomó a cada bebé, abrazó a cada niño y los bendijo uno por uno...

- Él conocía el nombre de cada uno
- Conocía cuánto tiempo vivirían, sus talentos y sus luchas
- No dijo: “Solo voy a tomar en brazos a los que vivan más de cinco años”
- Ni tampoco: “Solo voy a bendecir a los que vivan una buena vida”

No. Él mostró su amor por todos. Y no olvides algo más: Jesús iba camino a Jerusalén. En cuestión de semanas, moriría en una cruz.¹⁶

Había mucho en su mente. Sabía lo que le esperaba. Conocía el peso, la presión, el sufrimiento que venía. Y aun así... se detiene para abrazar a estos niños – para demostrar su amor y cuidado por ellos.

10



Después de su ascensión, cuando los discípulos recordaran estos momentos previos a la cruz, no olvidarían este evento. Recordarían cuánto valor tenían los niños para Jesús. Y eso cambiaría completamente la perspectiva del creyente... dando inicio a miles de ministerios que, hasta el día de hoy, reconocen el valor de cada niño.

No subestimes el valor personal de un niño.

Segundo:

No pases por alto la presión diaria de los padres

Como iglesia, debemos orar por ellos y apoyarles. Nos ofrecemos para enseñar a sus hijos en los programas de la iglesia, los cuidamos en la guardería, los acompañamos... y también podemos bendecirlos al ayudar a sus padres de maneras prácticas.

No pases esto por alto: lo que Jesús está haciendo aquí no es solo para los niños... es también para los padres.

¡Qué ánimo debió haber sido para esas madres y padres ver a Jesús interesarse por sus hijos! Porque, en realidad, eso les decía algo más profundo: Jesús también se interesa por ellos.

- Jesús está bendiciéndolos a ellos también.
- Está bendiciendo su labor como padres;
- Está validando su preocupación por sus

hijos;

- Está bendiciendo su esfuerzo;
- Está ministrando a sus corazones al demostrar amor a sus hijos.

Tal vez tú puedes demostrar el amor de Cristo mostrando interés por padres que luchan simplemente por llegar al final del día.

Lo que me hace acordar la historia de la esposa de un coronel del ejército que tomó un vuelo nocturno para reunirse con su esposo en Alemania. Llegó a la base aérea con sus 9 hijos — con edades que iban desde los 2 hasta los 15 años— completamente agotada. Y aun así, logró mantenerlos a todos bajo control mientras recogían más de una docena de maletas y bolsos. Hacía todo lo posible por mantenerlos juntos en un solo lugar dentro del área de aduanas.

Un joven oficial la observaba con incredulidad.

—Señora... ¿todos estos niños y todo este equipaje son suyos?

Ella suspiró profundamente y respondió:

—Sí, señor... todos son míos.

El oficial se recompuso y comenzó con su lista de preguntas:

—Señora, necesito preguntarle... ¿lleva usted armas o drogas ilegales?

Ella lo miró con calma y dijo:

—Señor, si las tuviera... ya las habría usado.

Y la dejaron pasar sin revisar ni una sola maleta.

No ignores la presión que enfrentan los padres hoy, en mil formas distintas.

Ora por ellos.

Apóyalos.

Ofrécete a servir en los ministerios para niños de la iglesia.

Saluda a los niños. Escucha lo que te dicen. Muéstrales interés.

Comparte una palabra de ánimo con sus padres.

O incluso sorpréndelos ofreciéndote a cuidar a sus hijos por unas horas... y ora para sobrevivirla.

Mira, Jesús no predicó un sermón sobre cuánto amaba a los niños. Lo demostró. Probablemente dedicó una buena parte de ese día a tomarlos en sus brazos, bendecirlos y abrazarlos... uno por uno.



Tercera advertencia:

No desalienten las decisiones espirituales de los niños

Sí, pueden dudar, cambiar, crecer... pero afirma y anima cada paso que dan hacia el Señor.

- William Booth, fundador del ministerio Ejército de Salvación, que hasta el día de hoy se enfoca en la ayuda social y la predicación del evangelio, tenía 15 años cuando entregó su vida a Cristo;
- Matthew Henry, reconocido por su comentario bíblico y otros libros que siguen edificando a la iglesia hasta hoy, fue salvo a los 11 años;
- Jonathan Edwards, usado por Dios para predicar a miles de personas y convertirse en uno de los principales líderes del Gran Avivamiento espiritual de los años 1700, vino a la fe a los 7 años;
- Isaac Watts, autor de cientos de himnos que aún cantamos en la iglesia, confió en Cristo a los 9 años;
- Zinzendorf, quien impulsó el movimiento misionero protestante en el siglo XVIII, fue salvo a los 4 años;
- Corrie ten Boom, cuyo testimonio impactó al mundo tras sobrevivir a los campos de concentración nazis, conoció al Señor a los 5 años;
- Y Stanley Jones, un influyente misionero del siglo XX, decidió dedicar su vida a las misiones cuando tenía apenas 8 años.

Él estaba en la iglesia cuando vio una imagen

de un gran tigre junto a un niño en la India, y debajo decía: “¿Quién me hablará de Jesús?” Stanley Jones dijo: “En ese momento decidí: yo iré... yo le hablaré de Jesús.”

No hay razón para que los niños sean una especie en constante peligro. Debemos afirmarlos, valorarlos, animarlos, y prepararlos para la vida.

¿Por qué?

Porque:

**Cristo ama a los niños,
Cuántos en el mundo están
No le importa tu color
A Jesús, el salvador
Cristo ama a los niños
por doquier**

Y nosotros deberíamos hacerlo también.



